

OS DESAFIOS DA CRÍTICA FRENTE ÀS FORMAS CONTEMPORÂNEAS DA SUJEIÇÃO

The challenges of critics facing contemporary forms of subjection

Los desafíos de la crítica frente a las formas contemporáneas de sujeción

RESUMO Diversas perspectivas contemporâneas procuram pensar as possibilidades de uma política verdadeiramente democrática nos termos de uma “radicalidade” que identificam – dito de modo esquemático – com a posição ética da abertura, frente ao fechamento totalitário. A “rachadura” que atenta contra qualquer estabilização definitiva (de uma situação, de um mundo, de uma conjuntura, de uma identidade), ao mesmo tempo em que abre vias para a transformação do atualmente existente, é aludida ou concebida mediante diferentes noções (como antagonismo, desajuste ou negatividade); mas é no interior dessas coordenadas que estabelecem o contraponto entre uma abertura e uma clausura onde se situa, hoje em dia, uma parte importante da pesquisa filosófico-política. Nesse contexto teórico, é uma tópica comum aquela que busca a explicação de certos fenômenos de ódio social, tentando pensar certa canalização, exitosa do ponto de vista da dominação, de mal-estar ou angústias surgidas de uma multiplicidade – inapreensível para os sujeitos – de causas reais. Neste artigo, chamamos a atenção acerca da necessidade de aprofundar ditos estudos, em condições em que assumem um grande protagonismo as novas empresas e tecnologias da comunicação, mantendo a irredutível tensão entre a crítica da economia política e a crítica das ideologias.

PALAVRAS-CHAVE: TEORIA CRÍTICA. IDEOLOGIA. SUBJETIVAÇÃO.

ABSTRACT Various contemporary perspectives try to conceive the possibilities of a truly democratic politics in the terms of a “radicality” that they identify – in a schematic way – with the ethical position of openness, against any totalitarian closure. The fault that threatens the definitive stabilizations (of a situation, of a world, of a conjuncture, of an identity) and opens ways for a transformation of current conditions, is mentioned through different notions (such as antagonism, misadjustment or negativity); but it’s within the counterpoint between an opening and a closure where are today situated an important part of philosophical-political theorizations. In this context, it’s usual to find explanations for certain manifestations of social hatred in a channeling of malaises or anguishes arising from a multiplicity of real causes that are not apprehend by the subjects. In this article, we enfatize the need of deepen these studies, in conditions where the new

MARIANA DE GAINZA¹

¹ Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Caba - Argentina.

enterprises and technologies of communication play a major role, maintaining the irreducible tension between the critics of political economy and the critics of ideologies.

KEY-WORDS: CRITICAL THEORY. IDEOLOGY. SUBJECTIVATION.

RESUMEN Diversas perspectivas contemporáneas buscan pensar las posibilidades de una política verdaderamente democrática en los términos de una “radicalidad” que identifican – dicho de manera esquemática – con la posición ética de la apertura, frente a cualquier cierre totalitario. La falla que atenta contra las estabilizaciones definitivas (de una situación, de un mundo, de una coyuntura, de una identidad) y abre vías para una transformación de lo actualmente existente, es aludida o concebida mediante diferentes nociones (como antagonismo, desajuste o negatividad); pero es al interior de esas coordenadas que establecen el contrapunto entre una apertura y una clausura donde se sitúa, hoy en día, una parte importante de las teorizaciones filosófico-políticas. En este contexto, es habitual encontrar explicaciones a ciertos fenómenos de odio social en una canalización – exitosa desde el punto de vista de la dominación – de malestares o angustias surgidas de una multiplicidad de causas reales inaprensibles para los sujetos. En este artículo, llamamos la atención sobre la necesidad de profundizar dichos estudios, en condiciones donde cobran un gran protagonismo las nuevas empresas y tecnologías de la comunicación, manteniendo la irreducible tensión entre la crítica de la economía política y la crítica de las ideologías.

PALABRAS CLAVE: TEORÍA CRÍTICA. IDEOLOGÍA. SUBJETIVACIÓN.

INTRODUCCIÓN

Sentidos actuales de una teoría crítica

Para leer y pensar los dilemas de nuestro presente, actualizamos de distintas maneras una variedad de perspectivas conceptuales que enriquecen el sentido de aquello que referimos a través del término

teoría crítica. En virtud de ello, al tratar de responder a los requerimientos de nuestra actualidad, es decir, a la exigencia de una interpretación que los problemas que hoy vivimos nos dirigen, proseguimos caminos conceptuales relativamente autónomos, bajo las condiciones pautadas por ciertas conexiones teóricas a cuya necesidad también respondemos. Cuando la teoría resulta además políticamente tensionada, en el esfuerzo de abrir un espacio para la pregunta por las posibilidades o los obstáculos que enfrentan las luchas de emancipación, comprobamos que el choque entre los textos y las distintas realidades que los ponen a prueba coincide con la propia existencia o devenir de una teoría socialmente incumbida. A la vez, los “momentos críticos” – como los que hoy vivimos – constituyen un desafío para la teoría, una oportunidad para que el pensamiento despliegue sus máximas fuerzas aprovechando lo que hay de objetivamente crítico en una crisis. Pues son momentos en los que se revela que las concepciones disponibles no pueden dar cuenta de la complejidad de las circunstancias, activándose la exigencia de que el pensamiento exceda unos cauces ya establecidos y renueve el esfuerzo conceptual – volviendo a recordar que una teoría crítica es aquella capaz de hacer de la crisis el elemento mismo del pensamiento.

De esta manera, en los tiempos difíciles nos encontramos mejor dispuestos para percibir la función ideológica que llegan a asumir las teorías cuando ceden a un impulso – con el que permanentemente tienen que lidiar – que las empuja hacia una estabilización estereotípica. Entonces, si hablamos de teoría crítica, es también porque ella nos permite registrar esas tendencias a la cristalización que siempre nos asedian, y que seguimos denominando ideología, en cuanto remiten a los complejos mecanismos de articulación de lo colectivo con lo psíquico-individual que trabajan fijando o estabilizando prácticas, cerrando o bloqueando caminos para el pensamiento, y que caracterizan un variado conjunto de tendencias a la reproducción de modos de actuar y de pensar adaptativos.

DETERMINACIÓN Y SOBREDETERMINACIÓN

En lo que hace a las maneras en que lo ideológico tiende a “formatear” el mundo tal como lo vivimos, es necesario reconocer que esa operación se da siempre como una lucha: las definiciones ideológicas de la actualidad (de una actualidad, de cada actualidad) se contraponen y, en el extremo, se disputan la “conciencia” o la “opinión” pública al ritmo de los cambios coyunturales. En gran parte, esa disputa ocurre en una escena (¿la esfera pública?) en la que el factor mediático introduce un sesgo, que desmiente cualquier utopía o ilusión sobre la comunicación transparente, y con el cual necesariamente debe contarse. En virtud de ese sesgo, las luchas que tratan de incidir en la definición de una coyuntura son irremediabilmente asimétricas, porque la fuerza definicional que detentan los dispositivos mediáticos en su movimiento inmanente a la concentración, es decir, la efectividad que muestran para condicionar la configuración misma de las coyunturas, constituye lo que podemos llamar la sobredeterminación mediática de nuestro mundo contemporáneo: una sobredeterminación que orienta nuestra atención, precisamente, hacia ese aspecto particular de la realidad social cuya efectividad tiene fuerza totalizadora – o fuerza totalitaria. Se trata de una idea que, según creo, puede entenderse mejor si nos valemos de una paráfrasis de Marx, y decimos que la mediatización en nuestras sociedades actúa como “una iluminación general donde están sumergidos todos los colores, y que modifica las tonalidades particulares; como un éter que determina el peso específico de todas las formas de existencia que se destacan en él”.¹ Esta idea nos permite señalar el hecho de que

¹ MARX *apud* ALTHUSSER; BALIBAR, 2004, p. 203. La cita completa de Marx dice: “En todas las formas de sociedad es una producción determinada y las relaciones que ella engendra la que asigna rango e importancia a todas las otras producciones y a las relaciones engendradas por aquellas. Es una iluminación general donde están sumergidos todos los colores y que modifica las tonalidades particulares. Es un éter que determina el peso específico de todas las formas de existencia que se destacan en él”.

actuamos en un escenario nacional, regional y global elocuentemente torcido, inclinado o sesgado. Y a la vez, nos alerta sobre algo que nuestra experiencia reciente también nos ha enseñado: una vez que fracasó en Argentina una apuesta muy concreta por incidir en las condiciones de producción y reproducción de la palabra pública,² no podemos restringirnos a lamentar o a denunciar ese sesgo (porque esa fijación es otra de las formas de nuestra impotencia). Entonces: debemos contar con ese sesgo, no hay escapatoria de la distorsión sistemática (“estamos en la ideología”). Sólo bajo ese reconocimiento, puede proseguir la búsqueda de una inteligencia activa de la circunstancias, que es una tarea a la vez teórica y política (o que es política sin dejar de ser teórica: es decir, que no abandona el concepto en favor de una batalla ideológica determinada); al mismo tiempo que prosiguen las luchas sociales por reconquistar los espacios democráticos hoy amenazados.

Por otra parte, a la idea de sobredeterminación (simbólica, ideológica, mediática) de las circunstancias se le adhiere, como su revés insuprimible, aquella otra noción problemática una y otra vez respuesta y cuestionada por los distintos marxismos: la determinación en última instancia por la economía (con el agregado esencial: cuya hora solitaria nunca llega). Así, el esfuerzo de intelección se tensiona por dos requerimientos irreductibles y simultáneos: el de la crítica de la economía política (esto es, la crítica de la producción de ese “orden de las cosas” neoliberal, que hoy una vez más avanza resueltamente en Améri-

² La Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que daba expresión jurídica a una demanda de democratización y desmonopolización de los medios de comunicación masivos presente en la sociedad argentina desde el comienzo de la democracia en 1983, fue votada por el Congreso Nacional en 2009, y promulgada por la presidenta Cristina Kirchner, reemplazando a la ley que regía desde la dictadura. La primera medida del presidente Macri, ganador de las elecciones en diciembre de 2015, fue desmantelar por decreto esa importante ley (que había sido elogiada en todo el mundo, no sólo por su contenido, sino también por el proceso plural e intensamente democrático que estuvo en la base de su elaboración y sanción).

ca Latina) y el de la crítica ideológica (eso es, la crítica de ese “orden de las ideas” que la reproducción neoliberal de la sociedad y del estado precisa, demanda y produce). Pero como decía Spinoza, el orden y conexión de las ideas es el mismo que el orden y conexión de las cosas, de manera que el señalamiento de dos énfasis divergentes del análisis – es decir, de dos perspectivas – únicamente distingue analíticamente lo que constituye la sola y misma necesidad de una realidad, cuya trama pretendemos hacer legible cuando la pensamos bajo la forma de modos de producción y reproducción de prácticas, de circulación, articulación y confrontación de fuerzas, cuerpos, afectos, ideas. En este sentido, el mundo ideológicamente vivido constituye una estructura afectivo-práctica inconsciente que se confunde con las acciones de los hombres; su fuerza es pulsional, en cuanto refiere a las disposiciones del deseo, entendido spinozianamente como aquellos “esfuerzos, ímpetus, apetitos y voliciones” indisociables de las afecciones de todo tipo nos determinan a actuar (y por eso, necesariamente atravesadas por los modos dominantes de producción de la vida en común).

Lo que pretendemos decir con esto es que la urgencia de una crítica de la economía política no nos obliga a abandonar la investigación de las ideologías y los discursos (que, según escuchamos decir últimamente, habrían sido excesivamente privilegiados en los últimos años). La complejidad del momento actual exige que hagamos todo al mismo tiempo. Y en todo caso, los problemas relativos a la potencia simbólica de los discursos públicos, a la cuestión ético-política de la responsabilidad, la decisión, la construcción de legitimidad, etc., sólo han de ser adecuadamente pensados (es decir, pensados por análisis que no se agotan en ellos) al considerarlos como emergentes de una cuestión más vasta, que refiere a los modos en que se produce el perpetuo reenvío entre reproducción social y subjetivación. Un reenvío que se vuelve crucial comprender en contextos como el de la Argentina o del Brasil actuales,

cuando la palabra de los políticos pasa a estar en una sintonía estricta con los medios de comunicación concentrados, con la “voz” de los mercados y de las finanzas, con las fuerzas policiales o con la oscura potencia disuasiva de los poderes jurídicos. La interpelación que produce esa “voz” de fuerza redoblada demanda la aceptación de un nuevo marco de organización de la sociedad, que reemplaza unos términos por otros en un esquema opositivo de coordenadas como el siguiente: exclusión *versus* inclusión, austeridad *versus* consumo, ajuste *versus* expansión del gasto, orden *versus* conflictividad, etc. Las políticas asociadas alternativamente con dichos parámetros – que en las condiciones específicas de la “vida dañada” del capitalismo periférico trazan las líneas gruesas de una reducción, o bien, de un despliegue de recursos para la vida popular – actúan en simultáneo con una diversidad de dispositivos, prácticas, discursos y afectos que pueden redundar en un estrechamiento de los márgenes de la sensibilidad colectiva (si se produce una aceptación o complicidad con la opresión, que colabora con el vaciamiento de los modos de vida democráticos); o bien – lo que es más raro y difícil – en la apertura de espacios de subversión capaces de producir modos exigentes de pensar y actuar.

¿MANIPULACIÓN O SUJECIÓN?

En esas diferentes direcciones, entonces, tenemos que mirar cuando procuramos pensar de manera crítica los problemas que enfrentamos en la actualidad. Y si bien sostenemos que es insuficiente, e incluso paralizante, atender de modo exclusivo a las formas en que la concentración mediática tiende a colaborar con la producción de diversos modos de acatamiento a las formas contemporáneas de la injusticia y la desigualdad, también nos resulta problemática cierta respuesta filosófica que reaccionó contra las teorías de la ideología que habían tematizado la sujeción producida por las industrias culturales o los aparatos ideológicos del capitalismo global. Lo que tal respuesta hace, básicamente, es tratar a la

teoría de la ideología como si fuera una teoría de la manipulación, que consagraría tanto la omnipotencia absoluta del poder como la pasividad completa del sujeto, es decir, el fin de toda idea de subjetividad. Reseño brevemente, a continuación, una posición representativa de esta crítica.

Se ha querido dar del mensaje mediático la imagen de una ráfaga de metrallera que se incrusta en el espectador y lo aniquila. Este moralismo obtuso y deprimente ha cobrado el porte de un ritual para una izquierda incapaz ya de análisis y propuestas positivas, refugida en inútiles lamentaciones. Se nos representa una vida cotidiana dominada por el monstruo mediático como una escena poblada de fantasmas, de zombis prisioneros de un destino de pasividad, de frustraciones e impotencias (...). Todo lo que es ético, político, poético, interactivo, no inmediatamente discursivo, en la relación media/público es eliminado, produciéndose una visión reificada de la vida política que se traduce en: ¡no hay nada que hacer! ¡es imposible escapar a esta esclavitud!, que confirma la sacralidad del poder en toda esta nueva modernidad.³

Tales ideas, propias de una “izquierda moralista” – identificada en el artículo tanto con la teoría crítica de T. Adorno, como con el llamado “objetivismo estructuralista” – deben ser descartadas “porque son falsas, y porque producen como resultado impotencia ética y derrotismo político”. Se propone, en cambio, la necesidad de reintroducir dimensiones ontológicas y subjetivistas, elementos autopoieticos y creativos en la descripción de los

agenciamientos colectivos que se constituyen en el tejido mediático y comunicativo. La operatividad colectiva, ético-política, emotiva y creativa que actúa en el mundo de la comunicación es un elemento ir-reductible, una resistencia que se abre a otros caminos: está esencialmente en la base de nuevas constituciones de los sujetos y nuevas interrelaciones que no dejan de producirse. El conjunto “maquínico” de la comunicación mediática es un mundo de transformación y constitución, como el resto de los mundos “maquínicos” en los que se ve inserta la vida del ser humano.⁴ De manera que es “en el interior de este contexto de máquinas y trabajo, de instrumentos cognitivos y autoconciencia poética, de nuevo medio ambiente y nueva cooperación” donde se constituye “la nueva subjetividad”. Así, “el trabajo humano de producción de una nueva subjetividad” se actualiza “en el horizonte virtual que abren cada vez más las tecnologías de la comunicación”, en cuanto “la comunicación se vuelve la forma en la que se organiza el mundo de la vida con toda su riqueza”.⁵

Más allá de lo improbable de que una asociación tan optimista entre mundo mediatizado y expresividad autónoma de las masas pueda ser sostenida hoy en día (incluso por quien la formuló), lo que me interesa resaltar aquí es la operación de la crítica que subyace a este diagnóstico. Y que básicamente pone en juego un movimiento de inversión o torsión interna, que se basa en una peculiar interpretación de la noción de antagonismo. Si bien la comunicación en la diversidad de sus tecnologías y dispositivos aparece como “la máquina que domina a toda la sociedad”, se afirma que,

³ NEGRI, A. [1993], 2007.

⁴ IBID.

⁵ IBID.

al interior de esa máquina que hoy constituye la faz global del mundo, “la cooperación de las consciencias y de las prácticas individuales alcanza su productividad más elevada”, de tal forma que “la actividad comunicativa de la fuerza de trabajo” se vuelve capaz de “poner en acción la transformación social” y de abrir los espacios para “una democracia radical”, sin otro límite que “la finitud de nuestro deseo”. Para ello, esas fuerzas de transformación deben llevar a cabo una infinidad de destrucciones necesarias, las cuales anuncian “un nuevo horizonte de riquezas y de liberación”, “una era posmediática”. Desde el propio interior de un sistema opresivamente dispuesto, entonces, las luchas por la “reapropiación de los media y de todas las articulaciones de la comunicación” serían aquellas capaces de percibir cuáles son las “destrucciones que hay que operar”. Ciertas destrucciones puntuales son mencionadas a través de una serie de preguntas, que no se alejan en lo sustancial de los dilemas que también nosotros venimos planteando – lo cual nos permite reconocer que nos situamos dentro de un mismo debate sobre los modos más apropiados de pensar esas luchas que nos convocan: “¿Cómo destruir el sistema privado y/o estatal, el monopolio capitalista de la comunicación? ¿Cómo anular la intervención de los profesionales de la comunicación y de todo el sistema de códigos de poder que vehiculizan? ¿Cómo minar el terreno en el que descansa ese centro de producción de los aparatos ideológicos?”.⁶

Sugeríamos, sin embargo, que es necesario partir del reconocimiento de una asimetría esencial. Esencial – decimos – en cuanto es imposible separar la mediatización generalizada en el mundo capitalista contemporáneo de la hegemonía del capital financiero, de las grandes transnacionales que dominan los resortes de la experimentación y la circulación digital, de los modos actuales de la explotación que implican que la conexión generalizada se asocie con un empobrecimiento de la experiencia y con ciertas formas dominantes

de circulación de las imágenes y las palabras que bloquean el pensamiento crítico. De manera que se puede, efectivamente, rechazar las teorías precríticas de la manipulación ideológica, sin caer en las ilusiones relativas a las posibilidades de una lucha cuerpo a cuerpo en ese terreno que nos es estructuralmente desfavorable: no para lamentarnos, sino precisamente, para no caer en la omnipotencia voluntarista que es también una modalidad de la impotencia.

LA CANALIZACIÓN FUNCIONAL DE LOS MALESTARES SOCIALES

Existen otras perspectivas filosóficas que también tratan de pensar las posibilidades de una política verdaderamente democrática en los términos de una radicalidad que identifican con la posición ética de la apertura frente a cualquier cierre totalitario (sea mediático o de otra índole). La brecha o falla, que destruye las ilusiones respecto a las pretensiones de estabilización definitiva (de una situación, de un mundo, de una coyuntura, de una identidad), a la vez que abre vías de transformación de lo actualmente existente, puede ser aludida o conceptualizada con diversos términos – como antagonismo, desajuste o negatividad –, pero es al interior de esas coordenadas que surgen del contrapunto entre una apertura y un cierre donde se sitúan muchas de las discusiones de la filosofía contemporánea, en particular aquellas que tratan de explicar ciertos fenómenos de odio social.

En el contexto de esos debates, nos interesa recordar aquí la descripción – no exenta de cierta ironía – que Judith Butler realiza del procedimiento argumentativo de Slavoj Žižek. La argumentación típica zizekiana se despliega en tres pasos. La definición de la cosa que se trata de analizar comienza por la vacilación, de estilo hegeliano, entre sus determinaciones externas y la imposibilidad de asirlas desde una interioridad esencial que unifique la dispersión de los caracteres que surgen de su ser condicionado; ese movimiento de reversión es entonces interrumpido por la arbitrariedad de un gesto, un acto performativo

⁶ Todas las citas provienen del mismo texto de Negri que estamos comentando.

de designación que hace de esas condiciones externas y arbitrarias las propiedades necesarias e inmanentes de la cosa. Este sería el momento lacaniano de la argumentación de Žižek, el momento de la articulación, cuando un signo contingente acaba presidiendo la constitución misma del objeto. Y cuya contracara es lo real que excede esa conformación identitaria, real que en Žižek siempre aparece bajo la forma de ilustraciones y ejemplos (como los que ofrece el mundo hollywoodense en filmes tan masivamente vistos como Tiburón o Alien). El “monstruo” resulta ser, entonces, “un ‘contenedor’ común para miedos inconscientes en libre flotación”, cuya naturaleza es en última instancia social (la inseguridad, la inmigración, las intervenciones del Estado, la falta de dólares, la conflictividad política). En resumen, el mecanismo tal como Žižek lo describe sería el siguiente:

Emerge un conjunto de temores y angustias, un nombre es adjudicado retroactiva y arbitrariamente a esos temores y angustias: de repente, ese cúmulo de temores y angustias se vuelve una sola cosa, y esa cosa llega a funcionar como una causa o un fundamento de lo que sea que está perturbando. Lo que al principio apareció como un campo desorganizado de angustia social es transformado por una cierta operación performativa en un universo ordenado con una causa identificable.⁷

La distancia de Butler en relación a este modo de argumentar de Žižek pasa, fundamentalmente, por su formalismo, esto es, por lo que queda en evidencia una vez que se procede a mostrar el esquema que actúa en los análisis de una multiplicidad de casos distintos.⁸ Y sin embargo, más allá de la legiti-

midad de esa crítica, que señala en todo caso para un cierto riesgo que corre todo pensamiento que pretenda dar cuenta de ciertas dimensiones transculturales y transhistóricas de los fenómenos sociales, queremos resaltar que esa generación e instrumentalización del odio social a través de la canalización exitosa de un malestar o una angustia, asociada a una multiplicidad inasible de causas reales, es un tipo de mecanismo que, sí, efectivamente, se encuentra en muy distintas situaciones.

INQUIETUD SUBJETIVA Y NEOLIBERALISMO

Me detengo ahora en la manera en que Suely Rolnik trata este problema.⁹ Ella tematiza ese malestar difuso, sobre el que trabajan los mecanismos de reconducción de los afectos colectivos, a partir de una apropiación de conceptos de Deleuze y Guattari, con tonos a la vez freudianos y spinozistas. En una tensión con la noción de ideología – en cuanto se la concibe como el modo espontáneo de vivir (imaginariamente) el mundo –, Rolnik sostiene que el mundo es vivido corporalmente bajo cierta modalidad de la sensibilidad (perceptos y afectos¹⁰) para la cual no existen ni las imágenes ni las palabras, “una especie de mundo larvario” o potencial expresivo surgido del ser afectado, y heterogéneo respecto

dispositivo zizekiano de los tres pasos, se pregunta: “¿cuál es el lugar y tiempo de esta operación? ¿Ocurre en todo lugar y momento? ¿Es un rasgo invariable de cultura humana, del lenguaje, del nombre, o está restringida a los poderes del nominalismo dentro de la modernidad? Como herramienta que puede ser transpuesta de cualquier contexto a cualquier objeto, opera precisamente como un fetiche teórico que repudia las condiciones de su propia emergencia” (IBID., p. 32 y 33).

⁹ Me referiré, en particular, a una entrevista reciente realizada a Suely Rolnik (FERNÁNDEZ POLANCO; PRADEL, 2015).

¹⁰ “Los perceptos no son percepciones, son paquetes de sensaciones y relaciones que sobreviven a quienes los experimentan. Los afectos no son sentimientos, son devenires que desbordan a quien los atraviesa (que deviene otro). () El concepto (nuevas maneras de pensar), el percepto (nuevas maneras de ver y escuchar) y el afecto (nuevas maneras de experimentar). Tal es la trinidad filosófica: se necesitan los tres para que el movimiento tenga lugar” (DELEUZE, 1996, p. 216-218).

⁷ BUTLER, LACLAU, ŽIŽEK, 2004, p. 33.

⁸ “El vínculo entre formalismo teórico y una aproximación tecnológica al ejemplo – dice Butler – se hace explícito aquí: la teoría es aplicada a sus ejemplos y su relación con su ejemplo es una relación ‘externa’, en términos hegelianos”. De manera que, respecto al

a cualquier codificación cultural, imaginaria y simbólica. Y es precisamente la diferencia y la fricción entre ese modo en que un cuerpo es atravesado por cierta experiencia del mundo y los significantes culturalmente disponibles lo que genera esa inquietud o inestabilidad constitutiva (que puede asimismo entenderse como aquello que Freud llamó el “malestar en la cultura”).

Ahora bien, no se lidia siempre de la misma manera con esa fricción. Esto es: existen modos social, cultural e históricamente distintos de producción de interpelaciones identitarias (o de ser *sujetos*) y de responder subjetivamente a ellos; por lo cual, se vuelve crucial entender, en cada época y situación, cuál es “el tipo de relación con la inquietud que predomina en la subjetividad”.¹¹ En sintonía tanto con la búsqueda conceptual del freudismo (que distingue entre una pulsión de vida y una pulsión de muerte) como del spinozismo (que entiende al *conatus* como una potencia de perseverancia en el ser que puede expandirse, o bien resultar neutralizada o disminuida), Rolnik considera que la actuación del deseo en la búsqueda de cierta estabilización de esa inquietud puede orientarse, básicamente, en dos sentidos distintos. O bien, en la dirección de una expresión que promueva un encauzamiento creativo de esa inestabilidad, otorgándole a una experiencia singular del mundo palabras e imágenes no preasignadas; en cuyo caso la subjetividad se muestra capaz de sostenerse sobre la tensión que la desestabiliza, registrando la incompatibilidad entre un código cultural y aquello que la impulsa en el sentido de una expresividad autónoma. O bien, en la dirección que la dominación requiere, lo cual fundamentalmente implica una unilateralización funcional de la experiencia, que redundará en la sujeción, esto es, en el éxito de la interpelación que canaliza los deseos hacia modos de actuar y de pensar adaptativos.

En este último caso – dice Rolnik – “la subjetividad sucumbe a una interpretación apresurada del sujeto”, y pasa a vivirse como

una amenaza el choque entre la “cartografía” cultural vigente y el extrañamiento subjetivo que surge de la vivencia (no interpretada) del mundo:

Como el sujeto es inseparable de una determinada cartografía cultural y se confunde con la misma, como si fuera el único mundo posible, interpretará la crisis de ‘un’ mundo, el supuestamente suyo, como una señal del fin ‘del’ mundo y de sí mismo. Desde esa perspectiva, para explicar la causa de su malestar solamente le resta encontrarla en una supuesta deficiencia de sí mismo o proyectarla, escogiendo a un otro específico como pantalla de su proyección (...) Desde la perspectiva paranoica, el yo proyecta la causa de su malestar sobre el otro (de raza, género, clase, ideología, etc.) y lo demoniza, y así se intoxica de odio y resentimiento.¹²

Si consideramos este último tipo de interpelación funcional a la luz de la doble perspectiva en la cual, según dijimos, debía mantenerse la crítica para no perder su foco simultáneo en la determinación en última instancia y en la sobredeterminación mediática de nuestra vida social, cabría afirmar que, por un lado, la inestabilidad de la subjetividad resulta especialmente reforzada por las formas de producción y acumulación del capitalismo contemporáneo. En efecto, junto con la globalización y la desregulación de los mercados de capitales se multiplican las experiencias de dislocamiento subjetivo bajo la forma dominante de la inseguridad, en una multiplicidad de contextos (el mundo del trabajo, el horizonte vital que enlaza los esfuerzos entre las generaciones, el espacio de la representación política, el encuentro cotidiano con otras culturas e identidades). La “flexibilización” neoliberal actúa, a la vez, redoblando y codificando

¹¹ ROLNIK, S., en FERNÁNDEZ POLANCO; PRADEL, 2015.

12 IBID.

la inquietud constitutiva de la subjetividad y – como forma cultural que se desprende del proceso de reproducción social – duplicando en un sentido represivo la inestabilidad del mundo; así, se genera un tipo de incertidumbre inducida y dirigida que hace de la flexibilidad funcional un rasgo compulsivo que debe asumir el sujeto.

Por otro lado, la producción cotidiana de temor y odio al otro a cargo de las pantallas de televisión ha ubicado a la difusa comunidad aglutinada en torno al “ser televidente” en la situación de ver también reduplicada la inestabilidad subjetiva en una serie infinita de imágenes de la inseguridad externa (y en esa dirección se ha orientado la actuación decisiva de los medios de comunicación privados en Argentina, en el largo período que antecedió a las elecciones presidenciales de 2015). Bajo la condición de que efectivamente exista una generosa distribución social de esa disposición a *encarnar* la flexibilidad y la inseguridad, las “fuerzas de seguridad” o ciertas voces públicas que se muestran “inflexibles” en la denuncia pueden *ofrecerles* a los sujetos (que desean la ley, la tranquilidad y el orden) cierto apaciguamiento. Presentadores de TV o de radio, periodistas, jueces, políticos punitivistas (que se alimentan de la multiplicación mediática de su imagen y de sus posiciones) aportan una serie de figuras hacia las cuales canalizar los temores e incertidumbres (ladrones, inmigrantes, militantes sociales, políticos, etc.), de manera que esos estereotipos funcionan como una especie de “botín” para una estabilización identitaria pautada por prejuicios clasistas, racistas, sexistas, etc. La respuesta del sujeto a dicha interpelación se produce en cuanto acompaña la dirección de ese gesto autorizado que *señala* hacia un culpable, que tiene un rostro concreto y que, a la vez, involucra de manera indirecta a la serie de condiciones que se asocian con la existencia de esa culpa (la justicia garantista, la apertura migratoria, la solidaridad latinoamericana, el empleo estatal, los subsidios, los planes sociales, etc.). Y el resultado es la satisfacción, la congruencia consigo del sujeto, que confirma

lo que ya sabía: que la experiencia de ese malestar y ese odio (que permanentemente brota de las condiciones competitivas y precarias de la vida capitalista) tenía una causa *real*.

La cultura de la inestabilidad, ratificada al nivel del sujeto por una interpretación de la inquietud subjetiva en los términos de una inseguridad generalizada es causa de buena parte de las patologías del sujeto (ataques de pánico, manías depresivas, etc.) que vive la crisis bajo esos modos rígidos que producen efectos dañinos para cada individuo y para sus lazos solidarios con los otros. El cierre sobre sí mismo que produce el miedo favorece la fuga hacia una ilusoria y frágil condición de omnipotencia que, si se frustra o se desborda, puede derivar hacia esos ataques de ira proyectiva que podemos encontrar en una variedad de fenómenos: en los brotes de intolerancia política (como los que Rolnik señala a propósito de la actualidad brasileña, o como los que los argentinos recordamos de la época de los “cacerolazos”), en ciertos episodios de violencia social (como los linchamientos) o en la violencia de género (como multiplicación de los casos de femicidios).

En relación a los motivos por los cuales este tipo de violencias tienen lugar en contextos donde gobiernos progresistas han intentado desviarse de la hegemonía neoliberal a través de políticas públicas concretas, pero también a partir de discursos que defendieron una idea de democracia entendida como ampliación de derechos, ciertamente, hay que reconocerle al factor mediático (esto es, al grado de eficacia que ha alcanzado la alianza entre los medios de comunicación monopólicos y los grupos del capital concentrado) toda la importancia que tiene.¹³

¹³ En los términos en que lo plantea Rolnik, es precisamente la potencia del deseo convocada por la desestabilización la que es *cafishuada* (chuleada, proxenetizada) por el capital a través de los medios, que refuerzan el fantasma de peligro inminente fabulado por el sujeto, propagando el miedo para transformar el estado de desestabilización en potencia de sumisión. Éste es el peligro real y que resulta del peligro imaginario del Yo, instrumentalizado por los medios, los principales coadyuvantes del capital en la contemporaneidad” (ROLNIK, IBID.).

Pero la captura por los medios y la legitimación del odio realizada por diversos discursos públicos actúan, decimos, sobre un magma afectivo que se explica, más en profundidad, por las modalidades de actualización de la contradicción irresoluble entre democracia y capitalismo. Una intervención igualadora que, desde las políticas de Estado y a través del discurso de algunos líderes populares, pretende incidir sobre las desigualdades sociales que sistemáticamente producen las relaciones capitalistas en el contexto periférico desata un efecto concomitante, que podemos llamar un “comparativismo universal”. A través de la mirada suspicaz que los sujetos pertenecientes a todos los estratos sociales dirigen hacia sus conciudadanos en general pero, sobre todo, hacia quienes se encuentran más próximos en la escala social, se produce esa comparación que, en última instancia, se identifica con el cálculo paranoico de consumos relativos.¹⁴ Así, la intervención igualadora que actúa remitiendo a una totalidad que incumbe al conjunto de los ciudadanos, esto es, que pone en juego una idea de comunidad (puesto que es el bienestar de las mayorías populares el que justifica la acción reorientadora de recursos del Estado) choca con las condiciones de un individualismo persistente, fomentado asimismo por el acceso creciente al consumo. De manera que, cada vez más, se generaliza esa imputación que asocia la intervención estatal ya no con la justicia, sino con la injusticia: “¿por qué mi vecino recibe beneficios que yo no recibo?”, “¿por qué recibe subsidios que gasta en los mismos comercios donde yo compro

lo que gano con el esfuerzo de mi trabajo?”. El tránsito desde este tipo de preguntas hacia la imputación cargada de odio (contra el “plano” o el inmigrante) se vuelve cada vez más fluido, sobre todo cuando comienzan a sentirse los efectos de la crisis.

El retorno del neoliberalismo “a cielo abierto” a la Argentina luego de las últimas elecciones presidenciales cuenta con la ventaja, en relación a lo que venimos aquí tratando, de la suspensión inmediata de ese cortocircuito entre una intención igualadora y el individualismo compulsivo que el neoliberalismo continúa recreando y potenciando. El Estado finalmente se des-responsabiliza y deja en manos de cada quien la lucha por la supervivencia en condiciones de desigualdad que prometen extremarse. Así, la interpelación que domina en el espacio público es aquella que llama a que cada cual retorne a sus propios asuntos, y se desentienda de esas vanas ilusiones relativas a un proyecto de vida colectivo que, se dice, sólo existieron en la febril fantasía malintencionada de aquellos que inventaron tales palabras para separar a los hombres y mujeres argentinas de lo que verdaderamente importa: la familia y las pequeñas gratificaciones cotidianas que el mercado les ofrece por igual a todos los que se esfuerzan realmente por merecerlas. Afortunadamente, la intensidad de las manifestaciones populares contra el amplio arco de políticas regresivas que están siendo implementadas, muestra asimismo que se mantienen vivaces otros modos de respuesta subjetiva a las interpelaciones que pretenden encauzar la crisis de una forma ordenancista y represiva.

¹⁴ Nuevamente, recordemos el papel crucial que Rolnik le asigna al consumo en cuanto estabilizador de esa inquietud que se vuelve insoportable en condiciones de flexibilización capitalista: “Cuando el yo proyecta sobre sí mismo la causa del malestar y de su supuesto desmoronamiento, se va a intoxicar de culpa. Pasa a verse a sí mismo como insuficiente, incapaz, inferior, débil, fracasado (...). Ahí, una de las maneras de actuar del deseo para recobrar el equilibrio será el consumo de algo desde donde la subjetividad se rehaga un contorno reconocible, de manera tal que pueda librarse del sentimiento de exclusión. En el marco de la política de subjetivación dominante, los objetos de ese consumo serán productos de toda índole que le ofrece el mercado” (ROLNIK, IBID.).

REFERENCIAS

- ALTHUSSER, L.; BALIBAR, E. [1965]. **Para leer el Capital**. México: Siglo Veintiuno, 2004.
- BUTLER, J.; LACLAU, E.; ŽIŽEK, S. **Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- DELEUZE, G. **Conversaciones**. Valencia: Pre-Textos, 1996.
- FERNÁNDEZ POLANCO, A.; PRADEL, A. “Una conversación con Suely Rolnik”. In: **Re-visiones # Cinco**, 2015. Disponible: <http://www.re-visiones.net/spip.php%3Farticle128.html>. Último acceso: 20 set. 2016.
- NEGRI, A. [1993]. **Infinito de la comunicación. Finitud del deseo**. Disponible: en <https://colaboratorio1.wordpress.com/2007/11/20/infinito-de-la-comunicacion-finitud-del-deseo/>. Último acceso: 20 set. 2016.

DADOS DA AUTORA

MARIANA DDE GAINZA

Doutora em Filosofia pela Universidade de São Paulo. Docente da Faculdade de Ciências Sociais, UBA. Caba – Argentina. marianagainza@gmail.com

Submetido em: 6-4-2017

Aceito em: 20-7-2017